

LOS JESUITAS
EN LA HORA DE LA CONTESTACION

y **3**

LA SAL DE LA TIERRA

¿VA usted a ver a los jesuitas holandeses? Salúdeles de nuestra parte. Y dígalos que les envidiamos porque pueden permitirse el lujo de discutir acerca de la virginidad de María o del celibato sacerdotal. Eso prueba que disponen de más tiempo libre que nosotros". Cuando, efectivamente, dos días después de haber abandonado el pequeño reducto del padre Giner, director de *Mundo Social*, uno se encuentra, en Amsterdam, en el amplio despacho del padre Van der Meer, rector del Colegio de

San Ignacio, se percata inmediatamente de que los jesuitas holandeses sobrellevan una cruz infinitamente menos pesada que la de sus hermanos españoles. Con su pantalón de trabajo y su raído jersey, el padre Giner tenía todo el aire de un obrero. El traje, de excelente corte, la elegante corbata y la camisa inmaculada del padre Van der Meer evocan más bien a un presidente o director general. Sobre la mesa, un pequeño infiernillo, en el que él mismo nos prepara un café.

El saludo de los jesuitas espa-

Al ofrecer a los lectores de TRIUNFO el trabajo de Jean Egen sobre «Los jesuitas en la hora de la contestación», pensamos que es un deber dedicar una especial atención a la parcela española de la Compañía de Jesús. Porque, por una parte, el exhaustivo reportaje del autor francés tiene un alcance universal, pero, por otra, los jesuitas son hoy también «noticia española».

En efecto, tanto en nuestra prensa diaria, como en semanarios o publicaciones de más sosegada periodicidad, se habla de los «graves problemas de la Compañía en España».

Se ha llegado, incluso, a vincular la próxima visita del padre Arrupe a nuestro país con esta «crisis» ibérica.

TRIUNFO piensa que sus lectores han de agradecer, por lo tanto, una más particular atención a lo que, acerca de esta Orden religiosa, hecha hoy noticia, a España se refiere. De ahí el que nos hayamos preguntado:

Por encima de sensacionalismos, de llantos más o menos interesados, ¿qué es lo que, en realidad, pasa entre los jesuitas españoles?

COMO decía Jean Egen al comienzo de su trabajo, «para tratar de penetrar en el porvenir, nada más útil que volverse hacia el pasado». Hace treinta años, en 1940, los jesuitas, expulsados por la República, retornan a España. La vida de sus comunidades se reorganiza en el territorio nacional según es conquistado por las tropas nacionales. Es natural que la vida y apostolado jesuiticos, en una España a la que vuelven de su destierro, se impregne de cierto triunfalismo. En ese eufórico clima, donde los jesuitas van instalándose paulatinamente, hay para ellos cierta aureola de héroes.

Pero, al mismo tiempo —es ya hora de decirlo—, en el fondo de los escolasticados, colegios y residencias, late, sepultado por los clamores de la victoria, un número considerable de jesuitas que tiene que sufrir en silencio. Muchos padres —sobre todo en determinadas regiones de la Península— han tenido que emigrar. Pero los que permanecen en España sufren, sin duda, un silencioso dolor que es más fuerte que el destierro.

El prestigio de la Orden suscita, por de pronto, un número enorme de vocaciones. Es, después de la persecución de la República, el período de expansión, de crecimiento biológico. Los noviciados y casas de formación se ven obligados a ampliarse. Así surgen nuevos pabellones y edificios de gran amplitud: Loyola, Raymat (Lérida), San Cugat del Vallés (Barcelona), Alcalá de Henares, Villagarcía de Campos (Valladolid), Córdoba, Comillas...

Paralelamente, a este crecimiento corresponden un formidable incremento misionero. Centenares de jesuitas jóvenes parten hacia el Japón, India, Hispanoamérica, Brasil, África Central. Se reestructuran las provincias de la Asistencia Española y se establecen Viceprovincias de nuevo cuño en las misiones. Fue un impulso formidable el que todos estos territorios recibieron de España.

Aquí, los jesuitas, aparte de sus ministerios tradicionales —colegios, misiones, residencias, casas de ejercicios, apostolado escrito y científico, enseñanza superior, labor social—, comienzan a preocuparse en forma creciente de un nuevo aspecto de la enseñanza: las escuelas profesionales. Hasta el extremo de que, además de ser hoy la congregación religiosa que más escuelas y alumnos de este tipo ostenta en la Península, la enseñanza profesional supera a lo que fue especialidad jesuitica, los colegios de enseñanza media. Por ejemplo, tan sólo la institución *Sagrada Familia*, radicada en Ubeda, se extiende por toda Andalucía, incluye 46 centros, 25 de los cuales son de enseñanza profesional, con un total de 9.534 alum-

nos. Los jesuitas imparten actualmente esta enseñanza a más de 20.000 muchachos.

Todo este trabajo apostólico, unido al del testimonio dado por innumerables jesuitas españoles en el mundo obrero, en fábricas, suburbios, organizaciones laborales, así como a la labor realizada por la revista *"Mundo Social"*, dirigida por el padre Giner, significa un acercamiento de la Compañía hacia las clases humildes. Y significa también, dentro de la Orden, una división, al menos de trabajo.

Sobre esta previa «sensibilización», sobre el deseo cada día más acuciante de ofrecer un testimonio directo de cristianismo, máxime entre los jóvenes, sobreviene el Concilio. Y, tras él, la Congregación General XXXV de la Compañía de Jesús. Son dos nuevos tiempos. Es natural que el esfuerzo de la Iglesia en orden a ponerse en condiciones de servir a la humanidad conforme a su misión y de acuerdo a las necesidades de los tiempos actuales, con toda la carga de revolución que ello implica, se sienta en la Compañía más acuciantemente que en otras congregaciones religiosas. Y es natural también que, dados los especiales condicionamientos históricos, sociales y hasta políticos de la Compañía española, se acuse aquí la «resistencia» con más ahínco y virulencia que en otros países.

Esta es, a grandes rasgos, el origen de la famosa «división» de los jesuitas españoles. El que mejor ha sabido expresarla es, sin duda, el padre Iturrioz. Nos recibe en su residencia, «Villa San José», en la calle Pablo Aranda, de Madrid, donde viven los jesuitas dedicados al apostolado intelectual y escrito.

Y lo primero que nos llama la atención es la serenidad con que enjuicia lo que, un centenar de metros más afuera, es sensacionalismo periodístico o de tertulia: «No es la primera crisis en la Iglesia —dice—. La gente debería estudiar un poco de historia; se evitara más de un susto».

—Antes de abordar el problema de la división entre los jesuitas, dígame algo sobre la crisis de vocaciones.

«El problema verdadero, más que de una falta de vocaciones —que las hay, aunque en decrecido número—, radica en su formación. Porque no se ha acertado con el camino seguro para que se integren en la Compañía histórica y real; vienen sensibilizados por un mundo tenso, fuertemente vivido, de manera que les resulta difícil asimilar el auténtico espíritu de la vocación religiosa jesuitica».

—Los otros, es decir, los «viejos», ¿tienen ese espíritu?

—Muchos de éstos, que ya estaban «hechos» a los modos tradicionales de la Compañía «de siempre», luchan por conservar, a veces a ul-

ños es fraternalmente acogido. Y sus reflexiones, también. El padre Van der Meer reconoce que la vida es más fácil en los Países Bajos. No es que se circule sobre tulipanes, pero aquí hay menos injusticia que combatir, menos miseria que aliviar. Como sus antecesores y hermanos, los jesuitas holandeses predicán, enseñan, cultivan la teología, la sociología, la biología, la economía, la astronomía y otras disciplinas. ¿No cultivan acaso también la contestación? El padre Van der

El padre Llanos, uno de los jesuitas más prestigiosos de España, que vive en el Pozo del Tío Raimundo (suburbio de Madrid) «sufriendo como un viejo —dice— al lado de los jóvenes».



Meer sonríe: "¿Demasiado, quizá!", es su respuesta.

En efecto, algunos jesuitas han adoptado posturas muy poco «jesuiticas». Recordemos el «affaire» del padre Vrijburg, capellán de estudiantes en Amsterdam. Primero: se hace novio de una joven. Segundo: somete su proyecto de matrimonio a la jerarquía, solicita licencia para casarse, expresando al mismo tiempo su deseo de seguir siendo capellán aun después de casado. Tercero: considerando que la Iglesia no está únicamente representada por la

tranza, las antiguas tradiciones, identificando la Compañía con las formas concretas que históricamente les ha tocado vivir. Ante la evolución actual, luchan por conservar, con absoluta entrega y por cualquier medio, esas formas que constituyen —a su juicio— parte de la definición de la Compañía, mientras los más renovadores las consideran como eventuales, sustituibles.

—¿Dónde está, entonces, el espíritu verdadero de los jesuitas?

—En los Ejercicios —responde sin vacilar. —¿Podría resumir los dos espíritus que se enfrentan en la actual tensión jesuitica de España?

—Lo tengo resumido aquí —y me da un ejemplar de la revista "Hechos y Dichos", que ahora amplía su formato y se abre a temáticas más periodísticas y universales.

En ella, el padre Iturriz, filósofo, escritor y, en cierto sentido, ideólogo de la Compañía española, ha escrito: "Los unos luchan contra la idea del jesuita del 'poder', del influjo, de la riqueza; contra la idea del jesuita triunfalista encerrado en la seguridad de su propio camino; contra la formación que perfila al jesuita anquilosado, depersonalizado, desnaturalizado y hasta insincero e hipócrita. Quieren una Compañía en que sea ante la persona que la estructura, en la que no se convierta el jesuita en máquina dentro de un sistema autoritario y bajo la orden total del superior. Quieren liberar a la Compañía de la esclavitud de sus 'obras', aligerarla de la enorme impedimenta de Casas, Instituciones, terrenos, posiciones sociales adquiridas, relaciones y compromisos que envuelven como una red que impide todo movimiento. Quieren con ello ser hombres normales, como los de la calle; quieren liberarse de categorías mentales de laboratorio, efecto de un lavado cerebral; ser hombres que hablen, traten, dialoguen, alternen... sin complejo de hombres tarados y mutilados pertenecientes a un mundo extraño, trascendental, que no es de aquí. Quieren servir al Cristo de los pobres, a Cristo, cuyo 'mundo' somos todos los hombres (...)

"Quiénes luchan por esta idea de jesuita crep volver a la idea original de la Compañía, a su forma más pura, representada en las deliberaciones de 1538 (...) sin más compromiso que el Evangelio, sin estructuras, sin 'poder', sin 'obras', sin 'tradiciones', con la originalidad incontaminada de los Ejercicios en su versión más pura. Piensan más en el hombre que es el jesuita que en la institución que es la Compañía.

"Pero otros no valoran así este idealismo —en el que existen elementos auténticos y puros completamente genuinos—, porque no lo

ven luego en realidades satisfactorias: antes parece, a los ojos de éstos, que, a pesar, quizá a causa de esos ideales —calificados como desarraigados de la realidad de la Compañía—, se ha perdido la imagen auténtica del religioso, cuando el 'ser religioso' —sin más— ya no representa valor positivo; cual tal vez sucede también con la imagen del sacerdote. Creen entonces que en los momentos actuales se ha perdido el sentido de la obediencia verdadera a fuerza de concesiones al diálogo, a la responsabilidad y realización personal, a los carismas personales y a las objeciones de conciencia; que se ha perdido la verdadera pobreza a fuerza de tanto desprestigiar la pobreza tradicional en loor de la pobreza-testimonio; que se ha esfumado, entre espectáculos, lecturas, reuniones y pandas, el auténtico espíritu sobrenatural a fuerza de humanismo, de fomento del progreso, de crítica a la oración personal... y que la vida misma religiosa apenas contiene ya nada, por haber eliminado todo resto de cuanto se menosprecia bajo la etiqueta de monaquismo o conventualismo, de disciplinarismo autoritario o de esquematismo despersonalizador en una falsa obediencia... Estos piensan más en la institución que es la Compañía que en la persona humana que es el jesuita".

Es lógico que ambos esquemas, en su radical oposición, dividan, a su vez, a los que, desde fuera, asisten a la evolución de la Compañía. Evidentemente, hay católicos españoles que no podrán ver con buenos ojos el rumbo que marca el padre Arrupe a sus hijos de España: "De ahí se sigue la obligación moral de la Compañía de repensar todo sus ministerios y apostolados y de analizar si realmente responden a los requisitos de la urgencia y prevalencia de la justicia y aun de la equidad social. Incluso un apostolado tan sinceramente querido por la Compañía como es la educación en sus distintos niveles, debe ser sometido a reflexión, en su forma concreta actual, a la luz de las exigencias del problema social; porque es posible que determinados colegios, sea por el tipo casi exclusivo de sus alumnos o por el sistema de financiamiento, susciten dudas serias acerca de su razón de ser o de la conveniencia de su transformación radical".

Más de una alarma, más de un angustioso reportaje publicado en España bajo el «dolor» de ver cómo los jesuitas españoles «van perdiendo su espíritu», puede tener su oculto móvil en el hecho de que se acabó la educación claustrista de los hijos del católico autor. Cuando, bajo la mirada impasible o regocijada de muchos padres, ha regido en los colegios españoles de religiosos el sistema de las «dos puer-

tas» (una para los becarios y otra para los de pago), cuando ha sido posible como castigo el hoy comerás con las gratuitas, el gesto de los colegios jesuiticos puestos a disposición de una enseñanza gratuita, sin más «discriminación» que la del talento, seguirá suscitando reacciones, naturalmente inspiradas en el deseo de defender la «gloriosa tradición de la Compañía de Jesús Española».

Los jesuitas españoles evolucionan en medio de grandes dificultades y sufrimientos. Hasta el extremo de que se les haya hecho difícil la mera convivencia física. En los últimos tiempos se ha hablado y escrito sobre cierto proyecto de creación de una provincia personal, donde se agruparían determinados jesuitas que no ven con agrado algunos aspectos de la evolución actual en España. ¿Qué hay de esto? El padre Arrupe ha respondido: "En efecto, ha existido una petición en este sentido. El problema ha surgido tal vez por una diferencia de mentalidades. Algunos han creído que así podrían seguir más fielmente el espíritu de San Ignacio en el momento presente. Pero considero que es un procedimiento que no resuelve el problema ni mucho menos. Más bien hay que actuar contrariamente: tratando de reforzar la unión. Este es el espíritu de San Ignacio. Reforzando, pues, la caridad y la obediencia podremos llegar a la verdadera solución. Esta experiencia, aun manteniendo la suprema unidad en la cabeza, daría origen a una división más profunda, con gravísimas consecuencias para la Compañía y tal vez para la misma Iglesia".

A la pregunta de si, en su reciente audiencia con Pablo VI, trató de este problema, contesta: "Efectivamente, fue una audiencia que solicité por este motivo. (...) A su juicio, separaciones o propuestas como la sugerida no son verdaderas soluciones, y si, en cambio, el trabajar todos unidos por ser fieles a la esencia y al espíritu de San Ignacio. Reiteró su confianza en la Compañía y encomendó al gobierno ordinario del General y de los Provinciales el empleo de los remedios más eficaces en los momentos presentes".

En ambas ocasiones —la conservadora y la renovadora— habrá puntos exagerados o discutibles. Pero no así en los que, fuera, sin más dolor ni mira que el de sus egoísmos de privilegio social o de clase, lamentan la evolución misma. Hemos preguntado al padre Llanos, que vive este difícil momento "sufriendo como un viejo al lado de los jóvenes" en su humilde residencia del Pozo del Tío Raimundo: ¿Qué diría usted a los que afirman «nos duele la Compañía»? Y nos ha respondido: "Que sepan sufrir ese dolor cristianamente". ■ BERNARDO DE ARRIZBALAGA

LOS JESUITAS EN LA HORA DE LA CONTESTACION

jerarquía, informa también a su feligresía estudiantil, a la que solicita su asentimiento. El 85 por ciento de los estudiantes responde que sí. La jerarquía dice que no. Que no impedirá su matrimonio, pero que deberá renunciar a sus funciones. Otros capellanes, junto con los estudiantes, se solidarizan con el padre Vrijburg. Dos jesuitas, los padres Oosterhuis y Van der Stap, asumen públicamente su defensa (el padre Oosterhuis, en un sermón del que en vano se le pide que se retracte) y son expulsados de la Compañía. Hacia la misma época, en Roma, el padre Schönberger, asistente de las provincias germánicas y holandesas, dimite de una manera espectacular. Parece como si la roca de la obediencia, sobre la que San Ignacio fundamentó la Compañía, se resquebrajara en su esencia misma. ¿Qué piensa de esto el padre Van der Meer?

—No soy quién para juzgar a mis hermanos —dice—. Pienso, eso sí, que los problemas que les preocupan son mucho menos serios que los de los jesuitas españoles. En cuanto a la obediencia, yo dejaría de ser jesuita si dejara de obedecer. Se pueden cambiar muchas cosas, ciertamente. Pero, ¿de qué sirve modificar reglas y leyes si la obediencia no da, en realidad, señales de cansancio?

Un «enfant terrible»

El padre Van Kilsdonk es el «enfant terrible» de la Compañía y del catolicismo holandés. Un periódico socialista acaba de hacerle una entrevista a propósito del celibato sacerdotal. Y ha declarado: "Yo me encuentro muy feliz en el celibato. Sus valores son extraordinariamente preciosos. Dicho esto, creo también, con absoluta certeza, que la Iglesia católica no tiene ningún porvenir si no acepta los sacerdotes casados. He dado clases de espiritualidad ignaciana a cerca de la mitad de los sacerdotes holandeses. Conozco bien sus tormentos. El celibato puede que fuera psicológicamente posible en el siglo diecisiete. Hoy no lo es".

Pensaréis que le vais a turbar haciéndole ver que el Santo Padre sostiene exactamente lo contrario. ¿Tiene acaso un jesuita derecho a contradecir públicamente al Papa? "En lo que a mí se refiere —responde—, puesto que tengo la persuasión de que el mantenimiento del celibato compromete el porvenir de la Iglesia, sería infiel a mis responsabilidades de jesuita si no lo proclamara 'urbi et orbi'".

—¿Incluso contra el Papa?
—Estoy convencido de que la Compañía de Jesús, desde el Padre General hasta el más humilde de los jesuitas, no puede servir de una manera fecunda al papado más que mediante una actitud independiente y crítica.

El padre Van Kilsdonk parece guardar un recuerdo bastante sombrío del padre Sebastián Tromp, inquisidor del Santo Oficio que, hace quince años, vino a depurar la Iglesia de los Países Bajos. Llegó, sombrío, secreto, jesuita en grado inadmisiblemente

padres Oosterhuis y Van der Stap, vino a decirles, sustancialmente: "No tenéis el espíritu de la Orden. Salid". A lo que los dos padres respondieron: "Nosotros pensamos que si tenemos el espíritu de la Compañía. Si estima que no lo tenemos, usted es quien debe asumir sus propias responsabilidades, expulsándonos". La carta deja entender con claridad que el espíritu de la Orden, tal y como el General lo entiende, no es el espíritu de la Orden que viven los jesuitas holandeses.

Las situaciones son extremada-



El padre Lippert, alemán, «cubre los muros con sobrecogedores pasquines (niños, ancianos, hambrientos, que tienen la profunda mirada del Crucificado)».

caricatura es del padre Van Kilsdonk. Interrogó a unos, reprendió a otros, condenó a todo el mundo y se marchó, dejando en el clero holandés la más aflictiva imagen de la Compañía de Jesús.

La imagen es hoy absolutamente opuesta, y la expulsión de los padres Oosterhuis y Van der Stap se ha visto dolorosamente sentida por todos los católicos holandeses. (El padre Oosterhuis es el principal creador de la nueva liturgia holandesa, y sus oraciones se cantan en todas las iglesias de los Países Bajos.) Ciento cincuenta jesuitas se reunieron en Amsterdam para redactar una carta dirigida al General. No pusieron: "Muy Reverendo Padre General", sino: "Querido padre Arrupe". No la suscribieron con: "Sus respetuosos y obedientes hijos", sino con: "Sus hermanos en Jesucristo". En cuanto al texto, indiscutiblemente se le buscaba camorra al General.

El padre Arrupe, al recibir a los

mente diferentes. Y el jesuita español, que se pasa la jornada en una mina por estar cerca de los trabajadores, aparece muy lejos del jesuita holandés, que se pasa la noche en un cabaret por estar cerca de los estudiantes. El padre Van Kilsdonk practica de vez en cuando este segundo género de apostolado. El mismo se describe junto a un joven en cualquiera de las salas de fiesta o «boîtes» de la ciudad: "El joven tiene tanta necesidad de que se le escuche... Sabe perfectamente que yo soy un sacerdote, un amigo, ya que nunca voy a esos lugares sin mi pequeño crucifijo bien visible. Entonces él habla... Y yo permanezco allí, suave, pacientemente, como en el confesionario... No puede usted imaginarse el bien que es posible hacer con un vaso de cerveza en la mano".

Moraleja: tanto en una sociedad rica como en las sociedades pobres, hay tarea abundante para la Compañía de Jesús.

El «Profeta del Asfalto»

En 1945, el Día de Todos los Santos, el padre Rupert Mayer celebraba la Misa mayor en una iglesia de Munich. Es un incomparable predicador, el más popular de toda la Alemania del Sur. Antiguo oficial de la primera guerra mundial, perdió una pierna en Verdun y se sostiene, tieso como una espada, sobre su pata de palo. En el ofertorio se vuelve para el «Dominus vobiscum» y permanece, durante interminables segundos, extrañamente inmóvil: acaba de ser sacudido por una embolia. Su pierna artificial le ha mantenido de pie contra el altar.

Los jesuitas alemanes están muy orgullosos del padre Mayer. No tanto porque murió de pie, sino porque vivió verticalmente en una época en que el clero alemán tenía una incoercible tendencia a inclinarse. Las verdades con que hacía temblar las bóvedas de las iglesias de Baviera exasperaban a los nazis, que le detuvieron muchas veces. Pero no atreviéndose a deportarle, se tuvieron que contentar con mantenerle recluido en un monasterio.

No todos los jesuitas alemanes tuvieron esa suerte. El padre Delp, director de la revista *Stimmer der Zeit* y miembro de la resistencia alemana, fue ahorcado el 2 de febrero de 1945.

Durante la guerra, todas las Casas de la Compañía de Jesús fueron cerradas, y el más mínimo contacto con un jesuita le convertía a uno en sospechoso. "Un alemán no se atreve a tocar a un jesuita ni siquiera con pinzas", declaraba un magistrado del «Volkgerichtshof». En 1941, Hitler declara a los jesuitas «wehrunwürdig» (indignos de asumir las armas) y hace que sean expulsados del Ejército. La mayor parte de ellos deja los campos de batalla para ir a parar a los campos de concentración. Pocos alemanes que hayan vivido aquel período tienen hoy la conciencia tan tranquila como los jesuitas.

En Frankfurt, el padre Bertsch es rector del Colegio de San Ignacio. Los nazis no le hubieran perseguido sin escrúpulos: es el mismísimo prototipo del «gran ario rubio». Mirada autoritaria, ancho de espaldas como un jugador de rugby, se le imaginaria mejor en un entrenamiento que distribuyendo la Eucaristía, y uno se siente realmente feliz de encontrarle tan conforme con la imagen que se había forjado del jesuita alemán. Dos horas más tarde, en el despacho del padre Hirschmann, un hombrecillo cetrino, cuya mirada centellea de malicia y de humor... Se diría que los jesuitas de las provincias germá-



«Tampoco está mal que, en la era del átomo, el sucesor de San Ignacio sea precisamente un testigo de Hiroshima».

nicas son tan distintos unos de otros como los de cualquier otro lugar. Y sus actividades, también. La más alta e importante es, para ellos, la investigación teológica. Las obras de Karl Rahner se tiran en ediciones de más de trescientos mil ejemplares, como libros de bolsillo, en la Herder-Verlag. El padre Rahner es uno de los más eminentes teólogos de este tiempo. Llega a aventurarse hasta las fronteras límite de la novedad, y el Vaticano le muestra su frecuente desacuerdo. Pero ocurre también que los cardenales (por docenas), los obispos (por centenares), los profesores y estudiantes (por millares) le rinden el testimonio de su admiración.

Segundo dominio en que se afanan los jesuitas alemanes: la formación y especialización de los sacerdotes.

Sin embargo, de ninguna manera son abandonadas las simples ovejas. El padre Johannes Lippich se ha jurado sacar de la cama a los cristianos. El «Profeta del Asfalto», el «Altavoz de Dios» (que tales son los sobrenombres que recibe) monta su «púlpito» en los sitios más inverosímiles: en las calles, en el circo, en los cines, en las cárceles... Cubre los muros con sobrecogedores pasquines (niños, ancianos, hambrientos, que tienen la profunda mirada del Crucificado, o de «slogans» ambiguos: «Dolce vita-Bolsche vita»). Ha creado, para cada día del año, la «Acción 365», que aúna pequeños grupos de a ocho o diez personas llamadas «teams», cristianos que van a cuidar de los enfermos, visitan las cárceles, asisten a los ancianos, reciben a los estudiantes de color, procuran albergue a los trabajadores extranjeros, colocan letreros con los horarios de Misas a lo largo de las autopistas o distribuyen Biblias por los hoteles.

En Alemania se ha padecido en exceso el monolitismo político para que el diálogo ocupe un lugar de honor. Sin embargo, los jesuitas se lo brindan a todo aquel que esté dispuesto a empalmar. No ha existido jamás, para los cristianos no católicos, un prelado tan popular como el finado cardenal Bea, jesuita y alemán, que promovió el combate que todos conocemos a favor de la libertad religiosa y la hermandad entre todos los cristianos.

Cuando se les recuerda que uno de los objetivos primordiales asignado por el Papa a la Compañía de Jesús consiste en combatir contra el ateísmo, los jesuitas alemanes responden: «Bueno, pero, perdón. El Santo Padre ha dicho 'obstinate atheismo', 'Obstinate', etimológicamente, significa colocarse de frente, situarse en frente, y no luchar contra'. (Ellos son finos latinistas, como también un poco «jesuitas», ya que fácil-

mente se encontraría más de un ejemplo en el que la palabra «obstinate» cobra una acepción más combativa. Pero, por encima de todo, la argucia les honra). En consecuencia, han creado un «Atheismum Institut». Y el padre Bertsch explica: «Crear un instituto no es promover una cruzada. Al contrario. Estudiamos el ateísmo y recibimos de él impulsos que fortifican nuestra fe».

Llevan el diálogo incluso más lejos. Así, se ha podido ver cómo los jesuitas, concretamente el padre Rahner, dialogaba cortésmente con marxistas y comunistas en públicos debates.

En los Estados Unidos

En los Estados Unidos, el número de jesuitas se eleva a más de siete mil. Su principal actividad es la enseñanza, que imparten en una quincena de Universidades. La de Georgetown, cerca de Washington, posee una escuela especializada en la preparación de diplomáticos, única en su género en América. Se dice que uno de cada diez jesuitas americanos sale de una Universidad jesuítica.

No es que se limiten a la enseñanza superior. Oigamos al padre Edward, profesor en Boston: «Nosotros somos los maestros-escuelas de América. Quiero significarle que hacemos aquí el mismo trabajo que realizan en su país los Hermanos de las Escuelas Cristianas». Corre por las provincias jesuíticas la voz de que los jesuitas americanos son ricos. El padre Duff: «Bien se ve que no tienen idea del precio de la pensión en nuestros colegios». (Dos mil dólares al año.)

Después de la primera guerra mundial, el recibimiento y apoyo a los emigrantes constituyó una de las tareas más importantes de la Compañía. «Nos fijamos por meta el sacarles del proletariado de la inmigración y hacer que se integraran en la sociedad americana». No resultó mal, ni mucho menos, la operación, si bien necesitó movilizar a todo el mundo, distrayendo a los jesuitas del trabajo intelectual, que, como se sabe, es para ellos objeto de una laudable predilección.

Volvieron, como es natural, a su auténtico campo. Ejemplo: el padre John Courtney Murray, fallecido en 1967. Teólogo, filósofo, escritor, jurista, portador de innumerables títulos académicos (otorgados por diecinueve Universidades americanas), miembro de varias comisiones gubernamentales y experto del Concilio, sirvió en alto grado a la Iglesia y a su país. Pero sirvió, sobre todo, a la libertad. Como puede leerse en el «Anuario de la Compañía de Jesús», «millones de hombres ignoran lo que su libertad debe a este sabio militante, una de cuyas sentencias fue oficialmente consagrada por el Concilio Vaticano II: «El derecho a la libertad religiosa tiene su fundamento en la dignidad misma de la persona humana, y no en la Iglesia, el Estado o la Sociedad». El padre Murray fue, en efecto, el principal inspirador de la declaración conciliar sobre la libertad religiosa.

El teólogo protestante Reinhold Niebuhr ha expresado su enorme satisfacción de ver a los «paladines de la monarquía papal» convertidos en campeones de la libertad. E invita a los protestantes a reconocer el dinamismo de una orden que «ha guiado a la Iglesia en su esfuerzo de adaptación a la democracia moderna, y cuyos profesores, mucho antes de

las declaraciones del Tribunal Supremo, practicaron, en sus colegios parroquiales, la integración racial».

¿La integración racial?... Parece ser que, en este punto, el General de la Orden no está tan contento de los jesuitas americanos como el teólogo protestante. En una carta que suena lo mismo que una consigna dada a sus tropas, les conmina firmemente a realizar, en lo sucesivo, lo que no han hecho hasta el presente. Rinde homenaje, eso sí, a determinados militantes de la igualdad racial, tales como los padres John Lafarge y John Marko, «pero —dice— resulta mortificante pensar que antes de la guerra de Secesión ciertas Casas de jesuitas tuvieran esclavos negros y humilla el recordar que, no hace aún demasiado tiempo, algunas instituciones jesuíticas no admitían a los negros, aunque fueran cualificados...». Dicho esto, el General dicta sus normas, que pueden resumirse así:

- 1) Vais a contar vuestros hombres, evaluar vuestras reservas y posibilidades, para concentraros en el problema racial.
- 2) Velaréis para que vuestros colegas adquieran una experiencia personal, directa, de los barrios pobres y de la discriminación racial, y formaréis expertos en estas cuestiones.
- 3) El hecho de que haya tan pocos jesuitas negros en los Estados Unidos es preocupante; haréis todo lo necesario para que esto cambie de una manera radical.
- 4) Militaréis en orden a lograr el libre acceso de todos a la vivienda, la igualdad en el empleo, la promoción según los méritos de cada cual, los servicios sanitarios, las condiciones higiénicas.
- 5) Si intervenís en la elaboración de contratos, no trataréis más que con empresas que cumplan los principios de justicia relativos al empleo.
- 6) Derribaréis las barreras anticristianas levantadas por los prejuicios y la discriminación.
- 7) Fundaréis residencias en los barrios negros.
- 8) Colaboraréis con todos los que, creyentes o no creyentes, promueven la misma lucha.
- 9) Empezaréis esta tarea inmediatamente.

Jesuitas para el año 2000

Ancho es el mundo y los jesuitas «enseñan a todas las naciones». Una investigación que pretendiera seguirles desde la A a la Z comenzaría en Afganistán para concluir en Zanzibar con la vida del investigador. Contentémonos, pues, con cerrarla en Roma, en el número 5 del Borgo

LOS JESUITAS EN LA HORA DE LA CONTESTACION

Santo Spirito, donde este cuerpo gigantesco tiene su cabeza.

La casa es grande. Y es también muy sencilla. Los eminentes jesuitas que la habitan, y que constituyen el estado mayor de la Orden, no tienen agua corriente en su celda. Responsable de esta falta de confort: el que fue general Ledochowski, muerto en 1945, que dijo un día: "No tendremos agua corriente en la Curia hasta que sea instalada en todas las casas de la Compañía". Hoy, las residencias más remotas tienen sus lavabos. Pero los más altos responsables de la Orden se lavan la cara cada mañana en una palangana. Hay otros gastos más urgentes que hacer.

La riqueza de los jesuitas es tan legendaria como su poder. Poseen, incuestionablemente, grandes bienes. Tienen también sus buenas reservas. Pero, sobre todo, extraordinarios administradores. Aplicado al manejo del dinero, el discernimiento del jesuita muy fácilmente debe de igualarse al olfato del financiero. Suele citarse el ejemplo del Padre Procurador de las Provincias de Francia, que, sintiendo venir el «crack» de Suez, supo liquidar sus títulos antes de la quiebra. Hoy la Compañía ya no puede permitirse el lujo de capitalizar. Siembra su dinero con mucha mayor rapidez que lo recibe, y la pequeña fortuna que puede reportarle, por ejemplo, un Karl Rahner, «best-seller» de la teología, se irá, vía Roma, hacia cualquier residencia del Tercer Mundo, donde la miseria la está esperando. La Compañía tiene cargas insospechadas, aparte de que sus arcas están siempre abiertas para la ayuda a las familias. Ese padre anciano, aquella vieja madre del religioso que no carecerían de seguro si su hijo fuera abogado o ingeniero, son tomados a su cargo por la Orden, y los padres de los jesuitas se convierten así en los hijos de la Compañía.

El padre Arrupe, que es el vigésimo octavo General de la Orden, se halla sobrecargado de trabajo. Regresa de un viaje, repasa infinidad de expedientes y parte de nuevo. El padre Giuliani, Asistente de las Provincias de Francia, le preserva de los importunos: "Por favor —nos dice—, no le entretenga demasiado". ¿Por qué esta recomendación? Porque la paciencia del Padre General no tiene límites. "Sería capaz de conversar con usted toda la noche si le tira de la lengua". El despacho del padre Arrupe se encuentra al fondo de un interminable corredor. El padre Giuliani llama a su puerta y, cuando ve que el pequeño rectángulo se ilumina, pasamos. El General se levanta. Sale a nuestro encuentro con la mano tendida, sonriente.

Un testigo de Hiroshima

El padre Arrupe tiene sesenta y dos años. Es vasco, lo mismo que San Ignacio, cuyo perfil y calva parece calcar. Hizo estudios de Medicina antes de entrar en la Compañía. Ha vivido veintisiete años en el Japón. Los jesuitas tenían dos residencias en Hiroshima; una, en el centro; la otra, en la periferia. En esta segunda se hallaba él en la mañana del 6 de agosto de 1945. "Vi un gran resplandor blanco, oí un bramido de catarata y la casa voló en astillas".

Ninguno de los treinta y cinco



El padre Karl Rahner; uno de los más eminentes teólogos de este tiempo.

jesuitas de la residencia resultó herido. Inmediatamente, el padre Arrupe se hundió en el brasero gigante que era Hiroshima. Tardó cinco horas en llegar al centro de la ciudad. Los cinco religiosos de la otra residencia se encontraban con vida. En un libro tejido con sus recuerdos, el General de los jesuitas refleja lo que entonces vio. El infierno de Dante resulta una comedieta frente a las escenas que describe. Un niño, apesado bajo una piedra, ve aproximarse las llamas que le van a devorar. Grita desesperadamente. Cuando el jesuita logra liberar aquel pequeño manojito de carne aullante, las piernas han desaparecido, quemadas. El libro contiene pasajes aún más insostenibles, hasta el punto de que un espíritu débil en la fe llegue a preguntarse dónde estaba Dios aquel día. El General de los jesuitas escribe: "¿Con qué intensidad

se siente la presencia de Dios en la tragedia!". Y ruega a "Aquel que apacigua las olas y el fuego". Luego, echando mano de sus conocimientos de Medicina, transforma la residencia en hospital. Opera con sus propias manos y, cuando la cirugía le deja un instante de tregua, baja a la ciudad con otros jesuitas para quemar, por centenares, los cadáveres. ¡En ningún instante pensó en la radiactividad!

Hoy, el padre Arrupe sostiene otro combate de signo bien distinto. Desde este despacho, sobriamente amueblado, manda un ejército de treinta mil jesuitas, comprometidos en todos los puntos de la tierra. Un frente tan amplio, con tropas tan enormemente dispersas, no debe ser fácil de dirigir.

El padre Arrupe: "Yo no soy un general ni los jesuitas unos soldados. A nadie combatimos. Somos religiosos, servimos a la Iglesia y a los hombres. No es tarea fácil en un mundo como el actual. Las situaciones difieren radicalmente. A fin de actuar eficazmente, necesitamos adaptarnos en todas partes a las circunstancias. Debemos empaparnos y dejarnos penetrar por las diversas culturas locales, ya que es a través de estas culturas por donde se recibe el mensaje evangélico. Esto es algo que siempre hemos sabido hacer. Pero tampoco un pluralismo llevado a su extremo debe en manera alguna comprometer la unidad de la Compañía".

El espíritu contestatario que sopla en la Iglesia se ha insinuado hasta en el seno de la Compañía de Jesús. Hay jesuitas que parecen haber adoptado posturas en cierto modo contrarias a la obediencia. Algunos han abandonado la Orden. Otros han sido expulsados. ¿Hay que alarmarse ante tales hechos?

El padre Arrupe: "Existen, efectivamente, padres que pierden la confianza en su vocación. Se trata de un fenómeno general. Pero afecta en menor medida a la Compañía que a otras congregaciones... En cuanto a la contestación... Los primeros resultados del 'Survey' han revelado un impresionante número de instancias y aspiraciones que, en su inmensa mayoría, no son tanto expresión de inquietud o descontento como signos de una más alta exigencia. Revelan una fuerza, un dinamismo absolutamente saludable. Lo que necesitamos es orientar todo este empuje hacia el mayor bien de la Compañía".

En América Latina y otros países los jesuitas luchan abiertamente por la creación de un nuevo orden social. ¿No se inmiscuyen, de esta manera, en política?

El padre Arrupe: "No es misión nuestra la política. Nuestra misión es religiosa. Esta misión nos plantea el deber de intervenir, dondequiera que nos encontremos, ante una situación injusta o inhumana. Quiero hablar, por ejemplo, de la discriminación racial o de la miserable condición en que siguen postrados tantos seres humanos, escándalo que, como ha dicho el Santo Padre, está clamando un castigo divino. Nosotros no sabríamos sustituir a un poder político. Pero debemos, siempre que sea necesario, recordarle la ley de Dios, que está por encima de las leyes humanas. Cada vez que, en el pasado, hemos olvidado este deber, porque nos encontrábamos más o menos comprometidos con los poderosos de entonces, fallamos en nuestra misión. El espíritu de Cristo es el que impone nuestra actitud ante los problemas sociales. Debemos llevarlo a todas las conciencias, a todos los corazones...".

Las vocaciones se vuelven cada vez más raras y el número de jesuitas disminuye. Conozco datos estadísticos, sobre todo de mi país, Francia.

Ser la sal de la tierra

El padre Arrupe: "La disminución del número de vocaciones es algo que, efectivamente, nos preocupa. Sin embargo, en ciertos países en que la Iglesia es perseguida, o en el Tercer Mundo, por ejemplo, en la India, aumentan notablemente. El hecho de que los jesuitas sean más o menos numerosos apenas tiene importancia. Lo que importa es que sean auténticos. Si nosotros sabemos ser la sal de la tierra, Dios no dejará que a la tierra le falte la sal. Naturalmente, debemos estar atentos a la vertiginosa evolución del mundo al formar las filas de San Ignacio. No hay que olvidar que ellos han de ser los jesuitas del año dos mil".

Para el año 2000, la Compañía no forma sólo jesuitas. Forma también obispos, cardenales y puede que hasta Papas. De la Universidad Gregoriana, la más célebre institución jesuítica, han salido siete santos, treinta y tres beatos, catorce Papas (entre ellos, Pío XII y Pablo VI), así como un considerable número de cardenales.

Cuando el padre Arrupe fue elegido General de la Orden se dijo que se le escogía en razón de su gran experiencia del mundo no católico. Tampoco está mal que, en la era del átomo, el sucesor de San Ignacio sea precisamente un testigo de Hiroshima.